

ISAÍAS BARREÑADA

Palestina: unidad nacional democrática o gobierno tutelado

Es difícil calificar lo que ha ocurrido en Cisjordania y Gaza desde hace cuatro años. La violencia vivida ha consolidado una representación hoy firmemente asentada: parece imposible un acuerdo político para este conflicto. La muerte de Arafat, en noviembre, un interlocutor apropiado para la consecución de un acuerdo por su fuerte legitimidad entre los palestinos, ha creado un nuevo escenario. Del lado palestino, existe la posibilidad de democratizar verdaderamente el sistema político y consolidar una unidad nacional que permita abordar con firmeza futuras negociaciones de paz. Israel, así como EEUU, la UE y algunos Estados árabes, buscan marginar al ala nacionalista palestina y favorecer el triunfo de los moderados, algo que facilitaría la creación de un Estado tutelado y el mantenimiento de las conquistas obtenidas durante 30 años de ocupación.

La negativa de Yasir Arafat a suscribir en la cumbre de Camp David II, en julio de 2000, la propuesta israelo-estadounidense de solución definitiva al conflicto dio la coartada para que Israel asestara la estocada final a un proceso de paz moribundo. El entonces primer ministro Ehud Barak fijó el axioma, que ha perdurado hasta hoy, de que Israel ya no tenía interlocutores para negociar un acuerdo, por lo que no le quedaba más que reforzar la unidad judía y llevar a cabo de manera unilateral las medidas necesarias para preservar la seguridad del Estado y de los ciudadanos israelíes.

Por su parte, los palestinos respaldaron la posición de su presidente. Si se habían embarcado en el proceso de Oslo (1993) era porque esperaban que por esa vía, lenta e incierta, lograrían la realización de sus objetivos nacionales: la creación de un Estado en Cisjordania y Gaza, y el retorno de los refugiados. En Camp David, la tan cacareada oferta generosa israelí consistía en un Estado tute-

Isaías Barreñada es politólogo, investiga sobre Oriente Medio y es colaborador del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

lado y con soberanía limitada, sobre un territorio recortado (se anexionaban a Israel los grandes bloques de asentamientos y los barrios judíos de Jerusalén Este) y fragmentado (tres islotos en Cisjordania y Gaza), y en la renuncia definitiva del derecho al retorno de los refugiados palestinos.

En suma, se propuso la legitimación de la ocupación y el abandono de un derecho que afecta a la mitad del pueblo palestino (derecho afirmado por la resolución 194 de la Asamblea General de Naciones Unidas). Unas semanas después estallaba una revuelta popular, denominada Intifada Al Aqsa, que pronto adquiriría una modalidad predominantemente militar, en la que se vieron implicadas las fuerzas de seguridad palestinas y especialmente las organizaciones político-militares.

Interrupción del diálogo

La continuación es conocida. Israel reocupó gran parte de las zonas autónomas; llevó a cabo una sistemática destrucción de las instituciones de la Autoridad Palestina, incapacitándola para actuar; desató una violencia indiscriminada, provocando en cuatro años más de 3.000 muertos y decenas de miles de heridos. La presidencia de la Autoridad Palestina fue acorralada y aislada entre los escombros de su cuartel general en Ramala. Pero si se pretendió humillarla, se consiguió el efecto contrario entre los suyos: relegítimarla. Con ello se puso fin a seis años de negociaciones israelo-palestinas. Para los Gobiernos israelíes, respaldados por el Gobierno republicano estadounidense, mientras Arafat dirigiera a los palestinos no habría diálogo. Es decir, se condicionaba el diálogo a tener un interlocutor a su antojo.

En realidad, el “axioma Arafat” expresaba el callejón sin salida en el que se encontraba Israel. Tras seis años de negociaciones, de avances y retrocesos, y a pesar del cúmulo de hechos consumados que reforzaban su posición dominante, Israel debía rendirse a la evidencia de que los palestinos no se doblegarían a su voluntad. Pero, además, algo había cambiado a lo largo de los años noventa. El proceso de paz había creado también una nueva realidad: era imposible volver a la situación previa a 1993. Ni los palestinos ni la comunidad internacional lo aceptarían. Además, la mayoría de los israelíes asumía, aun a su pesar, que la creación de una entidad palestina en parte de Cisjordania y Gaza era ineludible.

En consecuencia, los sucesivos Gobiernos israelíes (de unidad nacional en 2001-2002 y conservador a partir de 2003) desplegaron una serie de medidas unilaterales, tanto para gestionar la situación como para ir perfilando la futura entidad palestina. Si ésta debía darse y si no había interlocutor, Israel decidiría su base territorial, su naturaleza y su gobierno: sería de factura israelí. A esta lógica corresponden el levantamiento de un muro de separación en Cisjordania y el plan de retirada de Gaza.¹

¹ El muro fue ideado inicialmente durante el proceso de paz por los laboristas, asociado a su concepción de “paz con separación”. Sin embargo, se puso en marcha durante el Gobierno del actual primer ministro, Ariel Sharon, en 2002. Con el argumento de impedir las incursiones de terroristas, se levantó una barrera física entre Cisjordania e Israel, que una vez completada tendría varios centenares de kilóme-

En este contexto complejo tuvo lugar el repentino deterioro de la salud del presidente Arafat y su fallecimiento en París el 11 de noviembre de 2004. Su muerte reviste una trascendencia importante. No sólo porque, tal como ha pretendido Israel, al desaparecer la principal traba se abre una posibilidad de entendimiento y de arreglo; sino porque los palestinos se ven obligados a abordar varias cuestiones claves y se crea un nuevo escenario.

La legitimidad carismática de Arafat

Yasir Arafat no sólo era el principal dirigente palestino, era todo un símbolo. Fue el icono de la "palestinidad" y del movimiento nacional palestino desde la segunda mitad de los años sesenta, representaba el renacimiento nacional y el acceso de los palestinos a la escena internacional.² Esta legitimidad carismática la consiguió por su recorrido de militante y combatiente, por sus prácticas y logros políticos, pero también por su capacidad de comunicación y su imagen (que cautivaba tanto al campesino y al refugiado como al jefe de Estado o al diplomático extranjero). Junto a esto, era el principal dirigente político palestino. Un dirigente personalista y autoritario que acumuló cargos y responsabilidades: máximo responsable de Al Fatah, presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), presidente electo de la Autoridad Palestina y máximo responsable de sus órganos de seguridad.³

*Yasir Arafat
fue el icono
de la
"palestinidad"
y del
movimiento
nacional
palestino,
representaba
el acceso de
los palestinos
a la escena
internacional*

tros. Su recorrido no sigue la Línea Verde (frontera de facto), sino que se adentra en Cisjordania, en lo que para los palestinos supone la anexión de varios asentamientos y la fijación de una frontera política. Los primeros tramos del muro han impuesto una nueva ordenación del territorio con un enorme impacto físico, humano y económico. El Tribunal Internacional de Justicia emitió el 9 de julio de 2004 un dictamen señalando la ilegalidad del muro (ver Nieves Zúñiga, "Muro en Palestina: una medida ilícita según la CIJ", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano 2004, N°86, pp. 92-94. N. del Ed.). El plan de retirada de la franja de Gaza fue debatido desde 2003 y asumido por la Knesset en octubre de 2004. Supone la evacuación de los asentamientos israelíes de la zona (y de algunos del norte de Cisjordania) y la compensación y reinstalación de los colonos, unos 7.000, en el interior de Israel o en Cisjordania. No implica una retirada total, pues los israelíes siguen controlando la frontera con Egipto y los espacios aéreo y marítimo. El plan desató una fuerte respuesta de la extrema derecha y de los colonos, y concitó el apoyo de la izquierda sionista. En unas polémicas declaraciones, Dov Weisglass, asesor del primer ministro, declaró que el plan tenía por objeto acabar con la Hoja de Ruta.

² Hasta los años setenta, los palestinos fueron los actores invisibles del conflicto. Tras la guerra de 1967, en la resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en la que se instaba a Israel a retornar a las fronteras de facto de 1949, sólo se mencionaba a la población refugiada. La primera irrupción de los palestinos con voz propia tuvo lugar en 1974, con la intervención de Yasir Arafat ante la Asamblea General de la ONU.

³ Arafat concentraba diversos cargos. Era presidente del Comité Central del principal partido palestino (Al Fatah), del que era fundador. Era el presidente del Comité Ejecutivo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), instancia que representa al conjunto de los palestinos. Era el presidente, electo en enero de 1996, de la Autoridad Nacional Palestina, el Gobierno interino creado en el marco del proceso de paz.

Arafat contribuyó a que el movimiento nacional palestino pasara del discurso maximalista a la aceptación de la realidad de Israel. Más que ningún otro dirigente, encarnó en su persona desde 1974 la posibilidad de un compromiso histórico: la aceptación de la fórmula de dos Estados sobre el territorio de la Palestina histórica.⁴ Desempeñó un papel destacado en configurar la actuación de la OLP y sus principales ejes de acción: lograr la liberación de Palestina dependiendo lo menos posible de los Gobiernos árabes, evitar los enfrentamientos intrapalestinos⁵ y configurar un proyecto político plural y no confesional. Aunque su apuesta por Oslo creó importantes divisiones en el seno de la OLP, es innegable que su postura en Camp David II y los tres años de encierro entre los restos de su cuartel general, la Muqata, reforzaron su imagen de resistente, incluso entre sus críticos.

Arafat, por su singularidad, era un elemento clave para un acuerdo. Era el único capaz de convencer a la mayoría de los palestinos de que negociaría una paz justa sin renunciar a los derechos y las demandas fundamentales del conjunto de la población. También algunos pacifistas israelíes estaban convencidos de que, a pesar de su demonización en Israel, Arafat representaba una oportunidad, pues era el único capaz de negociar en nombre de los palestinos, y de hacer aceptar al resto de los árabes un acuerdo que permitiera la normalización de Israel en la región.⁶

Por todo ello, la sucesión de Arafat ha dado pie a numerosas especulaciones. Si bien un dirigente se reemplaza, resulta mucho más difícil sustituir a un símbolo, que suele dejar una influencia. Así, de inmediato y de manera simultánea, se dieron dos procesos. Por un lado se activaron los procedimientos previstos para nombrar nuevos responsables en las diferentes instancias de gobierno (ANP y consejo

⁴ Desde 1974, Arafat sostuvo en el seno de la OLP la solución de los dos Estados que fue contestada violentamente por otras facciones. Este compromiso histórico se formalizaría definitivamente en el Consejo Nacional Palestino de Argel en 1988. Pero esta concesión iba aparejada de ciertas condiciones: retirada total israelí, posibilidad de un Estado plenamente soberano y realización del derecho de retorno de los refugiados.

⁵ La desunión de los palestinos fue una de las claves de la derrota en 1948. La OLP, reuniendo organizaciones políticas palestinas muy diferentes, ha desempeñado con relativo éxito la concertación y unidad entre ellas (excepto las islamistas), y evitó, a diferencia de otros movimientos de liberación nacional (como el FLN argelino), la eliminación violenta de la pluralidad en su seno.

⁶ Desde finales del 2000, Arafat fue estigmatizado en Israel como la encarnación del "falso interlocutor", pusilánime, engañoso, sin la capacidad de tomar las decisiones que definen a los líderes y estadistas, y que no estuvo a la altura en el momento determinante. Véanse las columnas escritas por Simón Peres ("Sobre Arafat", *El País*, 12 de noviembre de 2004) y Shlomo Ben Ami ("Solving the three axes of crises", *Ha'aretz*, 16 de noviembre de 2004) con motivo del fallecimiento del presidente palestino. Sin embargo, otros israelíes tenían una visión diferente. Según el activista antisionista israelí Michel Warschawski: "Para los israelíes, [Arafat] fue quien, sobre la base de un compromiso extremadamente generoso y de una verdadera voluntad de reconciliación —que para muchos era una renuncia—, les ofrecía una legitimidad nacional y la posibilidad de una soberanía en el mundo árabe. La mayoría de los israelíes fue incapaz de entenderlo. Un día lo lamentarán. Esperemos que no sea demasiado tarde".

de seguridad), del movimiento de liberación nacional (OLP) y partidarias (Al Fatah).⁷ Por otro, se intentó construir un consenso básico entre organizaciones políticas para asegurar una transición estable.⁸ Sin embargo, es evidente que no se trataba solamente de encontrar sustitutos; las decisiones que se adoptarían estaban ligadas también a la transformación del sistema político palestino, la gestión de la situación y finalmente la posibilidad de restablecer a medio plazo el diálogo con Israel.

Cambios en el sistema político palestino

La designación de nuevos responsables en la escena política palestina suponía abordar los necesarios cambios en el sistema político. Esta cuestión, que era una de las exigencias israelíes y había sido incorporada en la Hoja de Ruta,⁹ fue ante todo un objeto de debate entre los propios palestinos. El proceso de paz había debilitado a la OLP y a las organizaciones que la componen, agravado todo ello por el colapso de la ANP ante la crisis de Oslo. La desaparición de Arafat planteó el reto de pasar de un sistema basado en la legitimidad carismática del líder (de la que derivaban centralismo y prácticas autoritarias y clientelares) a un sistema basado en una nueva legitimidad democrática. De ahí que no solamente se hicieran demandas de reformas y elecciones presidenciales, sino también al Consejo Legislativo Palestino y municipales, y en el seno de los partidos. Demandas que procedían de distintos ámbitos (el CLP, miembros disidentes de Al Fatah, la socie-

⁷ En cuanto a la ANP, según la Ley Fundamental palestina (*Basic Law*), la presidencia interina recaía en el presidente del Consejo Legislativo Palestino, Rawi Fatuh, y se deberían convocar nuevas elecciones en el plazo de 60 días. Durante ese período, el primer ministro seguiría siendo Ahmed Qurei (Abu Ala). El Comité Ejecutivo de la OLP, el máximo órgano de dirección de la central, designó como nuevo presidente a Mahmud Abbas (Abu Mazen), quien tenía hasta entonces el cargo de secretario general. El Comité Central de Al Fatah designó como nuevo presidente a Faruk Kadumi (un histórico del movimiento, crítico con Oslo y que había permanecido en Túnez).

⁸ Las organizaciones críticas con Oslo e implicadas en la resistencia armada (las llamadas "Fuerzas Nacionalistas e Islamistas") se han mostrado dispuestas a garantizar una transición pacífica, buscando fórmulas de cooperación y limitando sus acciones en el interior de Israel. Éstas han declarado su deseo de hallar un nuevo liderazgo colectivo. Por otra parte, los grupos próximos a la ANP (vieja y joven guardia de Al Fatah, encargados de algunos servicios de seguridad, independientes cooptados) también se concertaron para definir la estrategia a seguir. A principios de diciembre, Abu Mazen se reunía en Damasco con los dirigentes islamistas del exterior y otros grupos minoritarios de la OLP.

⁹ La Hoja de Ruta (2003) fue una iniciativa del Cuarteto de Madrid (EEUU, Federación Rusa, Unión Europea y Secretario General de la ONU), ratificada por palestinos e israelíes (en este caso con 14 puntualizaciones), que por primera vez mencionaba un Estado palestino, aunque sin precisar sus fronteras, y fijaba condiciones a las partes (por ejemplo, exigía a los palestinos reformas políticas y un compromiso para frenar los atentados en Israel). Insertada en la lógica de Oslo, la Hoja establecía un nuevo calendario de compromisos para alcanzar un acuerdo final en 2005.

En una situación que excluye cualquier protagonismo de grupos radicales que no serían aceptados por la comunidad internacional, estaba claro que la definición de la transición recaería sobre Al Fatah

dad civil), llegando a provocar enfrentamientos graves, el último de los cuales ocurrió en julio.¹⁰

Sin embargo, en una situación que excluye cualquier protagonismo de grupos radicales que no serían aceptados por la comunidad internacional, estaba claro que la definición de la transición recaería sobre Al Fatah, organización atravesada por una profunda división interna en dos grandes corrientes y que sólo Arafat lograba mantener unida.

Por un lado está la vieja guardia, que en su mayor parte proviene del exilio, de ahí la denominación de "tunecinos". En su seno hay un ala conservadora, cuyas figuras más visibles son Abu Mazen (ahora máximo responsable de la OLP) y Abu Ala (primer ministro de la ANP), ambos muy identificados con Oslo. Desprestigiados y sin base popular, se les percibe como dispuestos a hacer renunciaciones en temas esenciales.¹¹ Vistos como moderados y pragmáticos, cuentan en cambio con el apoyo de EEUU, Europa y varios regímenes árabes (en especial Egipto y Jordania), y la complacencia de Israel. Opuestos a la Intifada y más partidarios de la vía diplomática, disponen de algunos jóvenes que se han asociado a sus posturas al hacerse cargo de los aparatos de seguridad (caso de Mohamed Dahlan y Jibril Rajub, responsables de la seguridad preventiva en Gaza y Cisjordania). Entre la vieja guardia también hay un sector crítico con Oslo, representado por Faruk Kadumi (jefe del departamento político de la OLP y ahora presidente del Al Fatah), que sintoniza con las posiciones de amplias bases del partido, pero que tiene poca capacidad de influir en los círculos de poder de Ramala y Gaza.

Por otro lado está la llamada joven guardia. Generación más joven del partido, que se curtió en la primera Intifada y que participa directamente en la segunda a través de distintas estructuras, como las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa, que forman parte con islamistas e izquierdistas de las "Fuerzas Nacionales e Islámicas". Para ellos, "Israel sólo entiende el lenguaje de la fuerza". Agrupa a una juventud radicalizada. Su figura más visible es Marwan Barguti, dirigente del partido en Cisjordania, muy popular, actualmente encarcelado en Israel.

Si todo indica que, tal como desean todos los actores, a corto plazo la transición será tranquila, a medio plazo la vieja guardia tiene pocas probabilidades de

¹⁰ Durante dos semanas de julio de 2004 tuvo lugar en Gaza una revuelta protagonizada por una parte importante de las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa (una milicia ligada a la joven guardia de Al Fatah) y otros grupos afines. Los insurrectos, que secuestraron a varios dirigentes y quemaron oficinas del Gobierno, denunciaban el mal gobierno y la corrupción, pedían elecciones parlamentarias y municipales y la reforma de las instituciones, en especial de ciertos cuerpos de seguridad convertidos en poderes dentro de la ANP. Este estallido de violencia expresaba las tensiones en el seno de Al Fatah, en concreto el sentimiento de exclusión de sectores militantes jóvenes frente a la vieja guardia y a los grupos beneficiados por su implicación en la ANP.

¹¹ En el marco del proceso de Oslo, Mahmud Abbas (Abu Mazen) y el israelí Yossi Beilin diseñaron en 1995 el primer borrador de acuerdo sobre el estatuto final. En él se proponían varias de las posiciones que luego sostuvo Barak en Camp David: modificación de la Línea Verde para poder anexionar a Israel los asentamientos más habitados, renuncia al retorno de los refugiados palestinos, etc. Abbas fue designado primer ministro de la ANP en 2003, y el espaldarazo estadounidense recibido contribuyó aún más a su mala imagen.

supervivencia. Salvo que se transforme, se renueve y se legitime, lo que supondría acercarse a los más jóvenes.

Política de unidad nacional

El escenario más probable es que tenga lugar una unidad nacional entre las dos corrientes de Al Fatah, lo que a corto plazo aseguraría cierta estabilidad, especialmente si Israel y la comunidad internacional contribuyen a ello (posibilitando elecciones normales, negociando la retirada de Gaza, etc.). La condición para esta alianza sería que los moderados se abstuvieran de sostener posiciones polémicas y se mostrasen herederos de los principios de Arafat, sin cruzar las líneas rojas que él encarnaba. No obstante, las elecciones abrirían necesariamente cambios: podrían servir para reconvertir a los “tunecinos”, y harían desaparecer muchas figuras sin base popular pero que obtenían su estatus de sus relaciones directas con Arafat y el poder. De no ser así, tendría lugar el desencuentro entre las dos líneas de Al Fatah, lo que propiciaría un basculamiento de las bases nacionalistas radicales hacia posiciones coincidentes con la izquierda laica y los islamistas, lo que auguraría una prolongación de la confrontación.¹²

La legitimación democrática tiene el horizonte inmediato de las elecciones. Las presidenciales han sido convocadas para el 9 de enero de 2005. Parece razonable que a Israel le interese que los palestinos puedan realizarlas y disponer entonces de un presidente legítimo con el que esté justificado negociar. Sin embargo, las condiciones en las que se dan plantean muchos interrogantes. Hay restricciones de movimiento para la población; no hay libertad de organización y varios dirigentes políticos están encarcelados;¹³ el ejército israelí sigue ocupando áreas que estuvieron bajo control de la ANP; se cuestiona la posibilidad de voto de los palestinos de Jerusalén; hay varios miles de presos, etc.

A diferencia de 1996, se han presentado diez candidatos y entre ellos destacan Abu Mazen —candidato oficial de Al Fatah—, y Marwan Barguti, como independiente. La candidatura de este último, que puede atraer el voto de todos los críticos a Abu Mazen, ha sido interpretada como problemática por el secretario de Estado estadounidense en funciones, Colin Powell, y por el presidente egipcio, Hosni Mubarak.

La legitimación democrática deberá completarse en sucesivas fases con elecciones legislativas y municipales, y con su equivalente en el seno de los partidos. Al Fatah ha anunciado un congreso para el año próximo. Pero, además, requerirá ser reforzada por una autoridad efectiva y una gestión eficaz. En este campo hay varias cuestiones de singular importancia: la violencia, el papel de los islamistas y la gestión de las zonas autónomas.

¹² Khalil Shikaki, “Life after Arafat”, *Foreign Affairs*, 10 de noviembre de 2004.

¹³ Además de Marwan Barguti, que es candidato independiente a las elecciones presidenciales, están presos destacados dirigentes de varias organizaciones políticas. Ahmad Sadat, secretario general del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), está encarcelado por la ANP en Jericó; Abderrahim Malluh, del FPLP y miembro del Comité Ejecutivo de la OLP, está encarcelado en Israel, etc.

Es esencial que este periodo permita una reevaluación colectiva del uso de la violencia, especialmente la violencia contra civiles en el interior de Israel. La segunda Intifada ha expresado claramente la incapacidad de las organizaciones políticas palestinas de controlar las acciones violentas, permitiendo que derivara en una competición entre grupos en busca de legitimación. También ha puesto en grave evidencia la incapacidad de articular un movimiento popular amplio de resistencia apropiado al nuevo contexto de la ocupación pos proceso de paz. Y, finalmente, ha dado una mala imagen a la lucha palestina.

Las organizaciones islamistas han ganado apoyo popular durante el proceso de Oslo, alimentadas por la frustración y la pobreza. Su capacidad de resistencia también les ha granjeado una cierta autoridad. Sin embargo, en estos últimos cuatro años también ha quedado patente su falta de dirección política en la lucha armada y su falta de alternativas para un futuro Estado palestino. El asesinato, por parte de Israel, de sus dos principales dirigentes del interior, el jeque Ahmed Yasin y el doctor Abdelaziz Rantisi, les ha debilitado aún más.

En tercer lugar, la ANP requiere también reapropiarse de la gestión efectiva de las áreas autónomas, reconstruyendo para ello su administración, y abordar la nueva realidad impuesta por la próxima retirada unilateral israelí de Gaza.

Las relaciones israelo-palestinas

Un segundo aspecto que deriva del debate de la sucesión toca el campo de las relaciones con Israel. Durante los últimos cuatro años, el Gobierno israelí, secundado incluso por laboristas y sionistas de izquierda (el llamado “campo de la paz”), había insistido en que no tenía un interlocutor. En realidad, tenía al mejor interlocutor posible, con toda la legitimidad intrapalestina y el más representativo, pero Israel quería un interlocutor dócil. Un “socio” que asumiera el objetivo último de la participación israelí en el proceso de paz: llegar a un acuerdo que desactivara el conflicto y permitiera una normalización con el entorno, pero sin tener que renunciar a las conquistas obtenidas durante 30 años de ocupación y sin tener que asumir el coste de una paz conforme al derecho internacional. Ahora, con la desaparición de Arafat, Israel ha hecho saber que se abren ciertas expectativas, es decir, que espera que los palestinos se doten de un dirigente moderado y sumiso. Si no es así, deberá buscar un mito sustitutivo para argumentar su bloqueo.¹⁴

Tanto el Gobierno como la población israelí han asumido que no hay marcha atrás a lo ocurrido durante el proceso de paz (retirada de parte de las zonas ocupadas, establecimiento de la ANP, experiencia de gobierno autónomo) y que más pronto o más tarde habrá una entidad palestina. Sin embargo, ni Barak ni Sharon han ofrecido horizontes viables a los palestinos.¹⁵ En una relación tan desequili-

¹⁴ Si los palestinos no renuncian a sus pretensiones, la ausencia de cambios de actitud por parte israelí requerirá de un “nuevo mito” para justificar su falta de diálogo. Ver, Neve Gordon, “El mito del no socio”, *El País*, 12 de noviembre de 2004.

¹⁵ Una muestra singular de esta incapacidad para ofrecer un mínimo horizonte a los palestinos es que 16 años después del Consejo Nacional Palestino de Argel (1988), en el que la OLP asumió el compromiso histórico de los dos Estados, Israel

brada, la iniciativa está sin duda alguna del lado israelí, pero no existe un proyecto claro que logre un mínimo de consenso interno. De hecho, el unilateralismo ha servido en gran medida para intentar encubrir la crisis, de la que es un claro indicador la fragilidad de las coaliciones de gobierno, y la división interna en Israel sobre su proyecto de futuro. Además, le urge actuar antes de que sea demasiado tarde, la separación ya no sea factible y el Estado binacional sea un hecho irreversible.

A corto plazo es poco probable que una dirección palestina encabezada por Abu Mazen se atreva a asumir compromisos más allá de lo que Arafat se hubiera prestado. Al contrario, su legitimidad se basará entre otras cosas en asumir el legado de Arafat y confirmar las líneas rojas que él representaba. Sin embargo, consciente de ello, Israel puede inducir una evolución de los hechos en la dirección que le interesa. Y para ello encontrará seguramente apoyo en EEUU, la Unión Europea y los Estados árabes vecinos.

Apoyo a los candidatos moderados

El primer paso es asegurar que los moderados sean elegidos para la dirección de la ANP, facilitando las elecciones, reduciendo las acciones militares, permitiendo una mayor movilidad o alcanzando algún acuerdo en materia de liberación de presos.¹⁶ El siguiente sería, a lo largo de 2005, el traspaso de Gaza a la nueva ANP, como preludio a una retirada israelí a sus posiciones de septiembre de 2000. Para entonces, las elecciones israelíes bloquearían cualquier compromiso de mayor alcance. Pero se habría retornado a la situación previa a la crisis, aunque con una consolidación de la ocupación y con un trazado de la frontera en Cisjordania — gracias al muro— que sería un elemento más en las negociaciones.

Esta estrategia de pequeños pasos y de cogestión de la ocupación es rechazada categóricamente por gran parte de la opinión pública palestina y por la joven guardia de Al Fatah, islamistas e izquierdistas. En ella ven la progresiva renuncia al programa básico del movimiento nacional palestino. Pero ante ella tampoco tienen una alternativa creíble. La resistencia, legítima, no es un programa.

En esta coyuntura, el papel de los actores externos no es despreciable. La desaparición de Arafat ha coincidido con la reelección de George W. Bush en EEUU. La plena sintonía entre Sharon y Bush que marcó la legislatura anterior no tiene en principio por qué cambiar.¹⁷ Aunque, tras un período de pasividad obser-

no ha tenido un gesto equivalente, al no reconocer el derecho de los palestinos a un Estado.

¹⁶ El 6 de diciembre Egipto liberó al empresario druso israelí Azam Azam, detenido desde hacía ocho años, acusado de espionaje. Presentado como un intercambio de presos entre Israel y Egipto, este acto revistió una mayor trascendencia: podía abrir la puerta, con mediación egipcia, a un acuerdo para liberar algunos presos palestinos, hecho que beneficiaría a la ANP y al candidato Abu Mazen.

¹⁷ Tras el 11-S, EEUU encontró en Israel a uno de los más fervientes apoyos para su guerra global contra el terrorismo. Sharon esgrimió que Israel tenía su propia lucha contra el terrorismo, en este caso el palestino. Más recientemente, el 14 de abril de 2004, con motivo del debate sobre la retirada de Gaza, Bush dio a Sharon una carta de garantía en la que se alineaba claramente con las políticas unilaterales israelíes.

vante (fórmula de Powell: "asistir sin insistir"), la situación actual en Oriente Próximo y en Irak obliga a EEUU a una acción más decidida en lo que respecta a Irán y a Israel-Palestina.

EEUU ha expresado claramente su esperanza de que los palestinos elijan a dirigentes dóciles. La Unión Europea también apuesta por los moderados (tándem Abu Mazen-Dahlan), y espera que la nueva ANP gestione y administre bien, y sea capaz de asegurar el orden y la seguridad tras la retirada de Gaza. De hecho, el Plan Solana, presentado el pasado 2 de noviembre como complemento a la Hoja de Ruta, prevé el apoyo de la UE a la ANP para este cometido. Algunos Estados árabes, en especial Egipto y Jordania, también contribuirán a este respaldo. Si Arafat forzó a cierta contención de estos Estados en sus pretensiones de un arreglo rápido con Israel, ahora ven su oportunidad para apremiarlo, sin descartar una posible tutela sobre la OLP o la ANP. Sin embargo, su capacidad de incidencia también dependerá de la contestación de sus propias opiniones públicas, extremadamente sensibilizadas por la situación en Palestina e Irak.

Israel perdió la oportunidad de negociar con Arafat; su carisma y su figura política le permitían un importante margen de maniobra, indispensable para un acuerdo. Sus sucesores requerirán de mucho más tiempo para construir una legitimidad democrática suficiente para sentarse y negociar los temas de fondo con Israel.

Si bien la posibilidad de un acuerdo político entre Israel y los palestinos reside esencialmente en el primero, en el campo palestino ha cristalizado una situación singular tras la muerte de Arafat. La cuestión sobre la democratización del sistema político palestino está íntimamente ligada a la consecución de los derechos nacionales. Si tiene lugar una verdadera transformación democrática del sistema palestino, hay posibilidades de consolidar una unidad nacional para abordar con firmeza las negociaciones. Si se perpetúan las prácticas anteriores, se ahondará en la división. La dirección política podrá negociar una solución parcial y momentánea al conflicto, mediante concesiones y con el resultado de un Estado tutelado, pero probablemente la mayoría del pueblo seguirá con su lucha por una solución justa y global. Las opciones tradicionales, radicales o moderadas, han perdido el sentido que tenían hasta hoy. Los palestinos se encuentran ante el reto de un nuevo proyecto político.

líes en flagrante violación de las resoluciones de Naciones Unidas: respaldaba la anexión de los asentamientos de Cisjordania, el no retorno a las fronteras previas a 1967 y el que la absorción de refugiados palestinos, de llegar a realizarse, sería en la entidad palestina y no en Israel.